

la centésima parte de lo que ahora se hace en Brownsville ó en las orillas del río Bravo, el pueblo norteamericano habría protestado, y con razón. Las leyes internacionales adoptadas por todas las naciones civilizadas, para todas son obligatorias, y no podéis pretender eximiros de las reglas en que os habéis apoyado, á pretexto de que estas reglas ya de nada os sirven.» El americano, llegando en su desatención hasta la grosería, devolvió la carta y añadió insolentemente que aplazaba el contestarla hasta recibir un despacho más decoroso. El mismo día en que el general Weitzel se expresaba en estos términos un nuevo motivo de queja se agregaba á los anteriores: un vaporcito de río, el *Antonia*, mandado por un oficial francés, que remontaba el río Bravo para ir en socorro de Matamoras, fué agredido por varios disparos que procedían de las orillas del Texas; y á las notas conminatorias de Cloué y del general imperialista Mejía respondió Weitzel con singular desenvoltura que se necesitaría toda la caballería de Europa y de América para evitar esta clase de ataques aislados (1). Tal era la extraña neutralidad que observaban los Estados Unidos. A mediados de noviembre, Escobedo levantó el sitio de Matamoras y gracias á esta circunstancia volvió á reinar en las orillas del río Bravo una especie de calma relativa.

En las Tullerías no dejaba de causar disgusto y hasta inquietud la desagradable contienda que se anunciaba. Las primeras ilusiones que acerca de la duración del imperio de Maximiliano se abrigaron habíanse en gran parte desvanecido; pero ya que la empresa había de acabar en un fracaso, siquiera que quedara á salvo nuestra dignidad. En este sentido dedicábase el señor Drouyn de Lhuys á buscar algún arreglo que, sin sacrificio para nuestro honor, nos sacara de todo compromiso con relación á la poderosa y suspicaz República. Una palabra que se le escapó al enviado de los Estados Unidos pareció ofrecerle á principios de octubre de 1865 la solución que tanto ansiaba: en una conversación privada habíale dicho Mr. Bigelow: «¿No opináis que el reconocimiento del imperio mexicano por los Estados Unidos podría facilitar y apresurar el regreso de las tropas francesas?» Y aun cuando aquel lenguaje nada tenía de oficial, el Sr. Drouyn de Lhuys había tomado nota de la insinuación, y sobre aquella simple frase edificó todo un plan de conducta. El día 18 de octubre, en un despacho muy meditado que dirigió á nuestro representante en Wáshington, hizo presente, refiriéndose á sus comunicaciones anteriores, «el vivo deseo del gobierno francés de retirar lo más pronto posible el cuerpo de ocupación.» «Una actitud amistosa de los Estados Unidos respecto de México, añadía, facilitaría mucho la partida de nuestras tropas.» «Lo que pedimos al gabinete de Wáshington, seguía diciendo el Sr. Drouyn de Lhuys para concretar su pensamiento, es que se nos asegure que no quiere estorbar la consolidación del estado de cosas fundado en México; y la mejor garantía que podríamos tener de sus intenciones sería el reconocimiento del emperador Maximiliano por el gobierno federal.» Las miras del Sr. Drouyn de Lhuys se indicaban mejor aún en las siguientes líneas: «Que el gabinete de Wáshing-

(1) Véase *Executive documents, Mexican affairs*, 1865-1866, primera parte, págs. 346 y siguientes.

ton se decida á establecer relaciones diplomáticas con la corte de México, y por nuestra parte no opondremos ninguna dificultad al llamamiento de nuestras tropas en un plazo que podríamos fijar de común acuerdo.» Nada se omitía para calmar ó reducir al irascible adversario, pues á las consideraciones de carácter general se unía la perspectiva de importantes ventajas materiales. «La Unión, terminaba diciendo el ministro, está más interesada que ninguna otra potencia en que sus transacciones mercantiles con México estén amparadas por estipulaciones en armonía con las mutuas necesidades de ambos países; y nosotrs interpondríamos nuestros buenos oficios para facilitar la adopción de un tratado de comercio que cimentase la aproximación política cuyas bases acabo de indicar.» Así se expresaba el señor Drouyn de Lhuys, ávido de disipar toda apariencia de conflicto; y aquella misma noche, en una carta particular al Sr. de Montholón, insistía en la importancia de su comunicación: «El emperador, escribía, os recomienda muy eficazmente el asunto de que me ocupo en mi despacho de fecha de hoy.» La esperanza, empero, fué de corta duración: Francia estaba lejos y Maximiliano era débil, doble razón que autorizaba la arrogancia. Antes de que el Sr. de Montholón transmitiera la respuesta oficial del gobierno americano, Mr. Bigelow había recibido el encargo de declinar todo proyecto de arreglo: los Estados Unidos se negaban á reconocer á Maximiliano y reprobaban más que nunca toda inmixción de Europa en los asuntos del Nuevo Mundo. El gabinete de Wáshington puso empeño en subrayar con un procedimiento desagradable el fracaso de nuestra diplomacia enviando al mismo tiempo un representante á México en prueba de amistad, pero acreditándolo cerca de Juárez. Además, la elección de aquel enviado no se hizo al azar, sino que recayó en el personaje que más había de desagradarnos, en el general Logán, que se había distinguido por su hostilidad pública contra nuestra intervención (2).

En esas descorteses comunicaciones terminó el año 1865; pero el Sr. Drouyn de Lhuys, con meritoria paciencia, se dedicaba á quitar todo fundamento á los agravios, negando toda idea de hostilidad, no permitiéndose otras recriminaciones que las autorizadas por la más estricta defensa, afirmando que Francia no tenía prevención alguna contra las repúblicas, salvo contra aquellas que, como en México, eran sinónimas de anarquía, recordando que también los Estados Unidos habían en otro tiempo llevado sus armas al otro lado del río Bravo, si bien, menos desinteresados que Francia, no habían descuidado su ventaja personal y habían estipulado en provecho suyo la cesión de una provincia, y haciendo ver que la presencia de algunos de nuestros batallones en México para nada afectaba á la significación del movimiento nacional que había elevado á Maximiliano al trono, del mismo modo que en el siglo precedente la cooperación francesa en nada había alterado la espontaneidad de la sublevación norteamericana. Tal era el lenguaje de nuestra diplomacia (3); pero desgra-

(2) Véase *Documents diplomatiques*, 1866, pág. 204 y siguientes, 210, 212 y siguientes.

(3) Véase el despacho del Sr. Drouyn de Lhuys al Sr. de Montholón, de 9 de enero de 1866 (*Documents diplomatiques*, págs. 216 y siguientes).

ciadamente toda aquella prudencia, toda aquella lógica, resultaban inútiles: tres años antes, Napoleón, en sus instrucciones al general Forey, había descubierto imprudentemente uno de los objetos de la expedición, que era contener el poderío excesivo de los Estados Unidos, y éstos, que habían tomado nota de esta confesión y que ahora se veían libres de todo peligro interior, no tenían otra idea que obligar á volverse á Europa á aquellos que habían pretendido limitar su expansión en el Nuevo Mundo. Los miembros del Parlamento se adelantaban al poder ejecutivo, señalándole imperiosamente el camino que debía seguir, y hablaban de Maximiliano, «el que se decía emperador de México,» como hubieran podido hacerlo del más vulgar aventurero. Aquellos hombres eran los intérpretes de una opinión turbulenta á la que los ciudadanos más prudentes no osaban resistir. Algún tiempo después, el gobierno federal, ansioso de marchar al compás de la opinión pública, insertó en los *papeles parlamentarios* todas sus correspondencias diplomáticas, de suerte que al pensamiento malévolo que había inspirado los despachos añádióse la malevolencia mayor de divulgarlos.

VI

De todas las desdichas de Maximiliano no era la peor la hostilidad de sus adversarios, sino el cansancio y el desaliento que comenzaban á apoderarse de sus amigos.

En el mes de abril de 1865 habíase preparado, como hemos dicho, en el Palacio Borbón un espectáculo aparatoso, en el que todo había sido cuidadosamente dispuesto, escenario, actores y discursos. La Cámara había escuchado con curiosidad al Sr. Corta y con emoción al Sr. Rouher, y el empréstito, del que todas aquellas arengas habían sido sólo el prospecto, había obtenido un éxito superior á toda esperanza. Fueron horas de ilusión aquéllas, pero fueron las últimas: cuando cayó el telón, cuando se hubieron apagado las últimas luces de la batería, toda aquella elocuencia apareció vacía ante la reflexión, el Cuerpo legislativo se arrepiñó de sus aclamaciones y el público de su confianza, y los mismos ministros se asombraron de lo que habían afirmado tan temerariamente.

El Cuerpo legislativo fué el que, tras largas complacencias, más contribuyó á abreviar ó á restringir la empresa. Esta afirmación parece á primera vista discutible, dado que las declaraciones gubernamentales tuvieron siempre quienes las aprobaron; pero los diputados de la época imperial tenían unas costumbres que los parlamentarios modernos difícilmente comprenderían. Siendo como eran de temperamento respetuoso, su descontento se manifestaba, no con murmullos, sino con aplausos más débiles, siendo la más grave de sus manifestaciones el silencio. Era menester leer entre líneas sus dictámenes, sorprender los matices y observar, por decirlo así, el sonido de sus palabras; sus resistencias eran suaves, discretas, hasta humildes, pero bastante tenaces, y habría sido imprudente arrostrarlas á pretexto de que no eran ruidosas. Donde mejor pudo notarse esta disposición de ánimo fué en los asuntos mexicanos; cuando se encomiaban las elevadas miras de la política imperial, guardábanse mucho de desaprobárselas, pues no querían mostrarse ni dudosamente leales ni mezquinos

de espíritu; pero dejaban el cuidado de aplaudir á los familiares de palacio; en cambio, si se hablaba de evacuación, su caluroso asentimiento era por sí solo la mejor de las lecciones. La cuestión de México llegaba generalmente á la Cámara en forma de peticiones de crédito ó á propósito de la discusión del presupuesto, y cuando el gobierno consignaba como partidas de ingresos todo lo que debía Maximiliano en virtud del tratado de Miramar, los diputados mostrábanse cortésmente escépticos en cuanto á estos cálculos, y en el seno de las comisiones, no reparaban en declarar completamente ficticio el equilibrio mediante tales recursos logrados. «La expedición de México, decía irónicamente Julio Favre



El general D. Mariano Escobedo

de 8 de junio de 1865 con motivo de la discusión del presupuesto, figura á la vez en los gastos y en los ingresos; pero para recobrar los 25 millones incluidos en éstos es preciso votar antes los 30 millones consignados en aquéllos.» Este amargo lenguaje era acogido con murmullos, pero entre la oposición y la mayoría sólo el tono y la intención eran diferentes. ¿Hablaban de otro modo los más fieles amigos del imperio en las sesiones secretas de las comisiones? La oposición, aun la que se hacía públicamente, era á veces acogida con cierto favor cuando se presentaba despojada de todo acento de hostilidad ó de burla inconveniente. «Es simplemente una locura, dijo un día Berryer, querer fundar el equilibrio de nuestro presupuesto en la esperanza de los créditos mexicanos;» y ante estas palabras inspiradas en el patriotismo, no en la pasión, pudieron observarse numerosos signos de asentimiento y hasta resonaron en el salón algunos «¡Muy bien!» que partieron de los centros. El gobierno, para rehuir las objeciones, englobaba los créditos especiales para México en créditos más generales aplicables á objetos no susceptibles de discusión, y las más de las veces revelaba sus descubiertos poco á poco, graduaba las sorpresas y escalonaba las peticiones, imitando en esto á los hijos de familia que, temerosos de las amonestaciones paternales, sólo confiesan sus deudas en detalle y en manifestaciones sucesi-

vas. Lo que más disgustaba á la Cámara era que por lo general no se la consultase sino *a posteriori*; esa intervención tardía parecía irrisoria y muchos estaban tentados de recordar al Sr. Fould las mismas palabras por éste consignadas en 1861, en su *Memoria* al emperador: «¿Qué fiscalización de un gasto es esa que se ejerce diez y ocho meses después de haberse el gasto consumado?» Sin embargo, los diputados, todavía más leales que descontentos, votaban los créditos, bien que de mala gana y pidiendo en tono, entre amistoso é irritado, que fuera aquella la última vez, á pesar de lo cual el gobierno volvía á las andadas. Mas ¿podría esto durar siempre? Desde principios de 1866, los diputados que antes pecaran por debilidad ó por confianza imprudente, ya no aspiraban más que al regreso de las tropas y á la liquidación definitiva; y el desenvolvimiento cada día más acentuado de las instituciones parlamentarias había de asegurar á sus representaciones una autoridad cada vez mayor. La condición del desgraciado Maximiliano habría de ser sobre todo funesta si Napoleón se cansaba de la empresa al mismo tiempo que el Cuerpo legislativo reclamaba que se pusiera á ella término, porque entonces el emperador de los franceses invocaría los sentimientos de la Cámara y hasta los exageraría, y convirtiéndose de repente en el más dócil de los monarcas constitucionales, se prevalecería de ello para abandonar á su aliado.

Lo que los diputados decían en voz baja, aunque en tono enérgico, el público lo repetía en lenguaje algo más ruidoso. La expedición había seducido á los hombres de imaginación, fascinados por las perspectivas de un imperio brillante, y á los hombres de negocios que en aquel privilegiado país creían ver una mina de oro en el fondo de cada rodada: ilusiones de grandeza, ilusiones de dinero, todo se desvanecía á un mismo tiempo. Cada quince días publicaba el gobierno en *El Monitor* las *Correspondencias* llegadas de Veracruz, y los que frecuentaban los casinos seguían en los mapas de México (al fin se habían trazado algunos bastante exactos) las marchas de nuestras tropas, anotaban lugares de etapa y marcaban con alfileres los puntos extremos de nuestras ocupaciones; y cuando habían repetido tres ó cuatro veces su paciente trabajo, se asombraban de no tener ante sus ojos más que la vista confusa de operaciones sin relación entre sí, de ciudades tomadas, abandonadas, reconquistadas, de audaces movimientos de avance hasta la frontera y de súbitas retiradas que llevaban á menudo á las fuerzas al mismo sitio de donde habían salido. El aspecto general era el de destacamentos aislados, demasiado débiles para prestarse ayuda unos á otros y que evolucionaban sucesivamente en direcciones contrarias según la inspiración de los jefes y según las probabilidades de alcanzar al enemigo.

México era el paraíso de los jefes de batallón jóvenes y ambiciosos que gozaban de completa independencia, se complacían en desplegar todos los recursos de su talento y todo su vigor valeroso, y en medio de los azares de la campaña iban en pos de alguna brillante proeza que hiciera famoso su nombre. Pero en aquel país, cuatro veces más grande que Francia, aquella clase de guerra podía prolongarse indefinidamente. El lenguaje de las *Correspondencias* era á la vez muy optimis-

ta y muy alarmante; cada quince días daban cuenta de nuevos progresos en la pacificación, y la primera vez que el público leyó esas buenas nuevas regocijóse extraordinariamente creyendo que estaba muy cerca el desenlace; pero como tales seguridades se repetían dos veces al mes, al fin despertóse la sorpresa, tras de la cual surgió la ironía. ¿Cómo se explicaba que siguiéramos ganando batallas en aquel país pacificado? Mucho satisfacía saber que las partidas se habían dispersado; pero más satisfaría la noticia de que no se habían rebecho. Los juaristas, decíase, se parecen á los bandidos de Nápoles cuyo total exterminio se anuncia todas las semanas. Juárez, aquel ser misterioso á quien no se podía situar en su retiro ni arrojar al otro lado de las fronteras, constituía para la oposición un tema de chanzas continuas. «Las correspondencias oficiales, decía un día *Los Debates*, pueden resumirse en una sola frase: Juárez sigue huyendo como hasta ahora.» Estas largas y vanas esperas, al quebrantar la confianza general, sólo dejaban lugar á un deseo, el de una pronta evacuación. Desde el otoño de 1865, la baja cada día más acentuada de los fondos mexicanos vino á robustecer esas disposiciones del espíritu público: las obligaciones del empréstito, emitidas á 340 francos, descendieron á menos de 300, y mayor hubiera sido el descenso si la perspectiva de los próximos sorteos no hubiese sido un cebo supremo para los tenedores de títulos. En los primeros días de 1866 realizóse el sorteo y los premios fueron pagados; pero las gentes más listas no dejaron de observar que aquella ganga sería sin duda la última. Mientras todo esto se decía en los casinos, en la Bolsa, en las redacciones de los periódicos, las masas rurales y urbanas seguían de lejos, sin comprenderla bien, aquella singular aventura de México, y en los intervalos de las legislaturas, cuando los diputados regresaban á sus distritos, los aldeanos se acercaban á ellos, les preguntaban cuándo acabaría la guerra, y luego, á impulsos de su ansiedad, les interrogaban acerca de su hijo que había partido sólo por unos meses y cuyo regreso esperaban desde hacía años. De cuando en cuando, una partida de defunción reavivaba las inquietudes acerca de la suerte de los ausentes, y entonces se hablaba de combates que se sucedían sin interrupción, y también de una terrible enfermedad, la *febre amarilla*, de la que apenas se sabía otra cosa que el nombre y que era, según decían, más espantosa que el mismo cólera. Y al escuchar estas conversaciones, los corazones de las madres se oprimían y en silencio rogaban á Dios para que protegiera á su hijo.

El emperador sabía como nadie percibir los matices y nada se le escapaba, ni siquiera esa discreta censura que sólo se traduce por el silencio. Por otra parte, el soberano, para ilustrarse, no tenía más que mirar á su alrededor: muchos de sus consejeros habían visto con prevención los primeros desenvolvimientos de la empresa; ¿cuáles no debían ser, pues, sus temores en presencia de las dificultades cada día mayores! El Sr. Drouyn de Lhuys, muy preocupado ya por las complicaciones que se anunciaban en el centro de Europa, predicaba, como de costumbre, la prudencia; y el mariscal Randón usaba igual lenguaje, repitiendo que bajo ningún concepto habíamos de establecernos en México y ponernos en lugar del gobierno de Maximiliano, pues de lo contrario nuestra ocupación sería un estado permanente, co-

no sucedió en la ocupación de Roma (1). Napoleón sacaba de otra fuente ciertos informes que, á sus ojos, tenían verdadera importancia: en el ejército de México se escribía mucho, hasta demasiado, pues no había oficial de Estado mayor que, habiendo llegado á conocer algún fragmento de las cosas militares ó políticas, no cediera á la tentación de escribir lo que sabía ó presumía saber á sus jefes ó sus amigos de Europa. El emperador gustaba de enterarse de esas correspondencias y sacaba copias ó extractos de ellas que guardaba y que le servían para completar y hasta para comprobar los despachos oficiales. Pues bien, aquellas cartas escritas en estilo más libre y en tono más crítico de lo que á la estricta disciplina convenía, insistían, casi en su totalidad, en la desorganización de todos los servicios, en la insuficiencia de Bazaine, que había perdido su antigua popularidad, y en las desavenencias entre las diversas autoridades, entonces desunidas y más adelante tal vez enemigas del todo. La conclusión casi invariable era que urgía retirarse lo antes posible de aquel «*avispero de México*.» De este modo se iba orientando el emperador.

En el entretanto, las dificultades, los conflictos de toda clase que la expedición engendraba, iban á parar al palacio de las Tullerías como á su confluente natural; allí convergían las quejas de Maximiliano contra Bazaine y de Bazaine contra Maximiliano; allí llegaban las advertencias del Cuerpo legislativo que predicaba economías, y las súplicas del desdichado archiduque que, invocando «su situación grave, pero no desesperada (2),» imploraba nuevos subsidios; allí se acumulaban las amonestaciones de los Estados Unidos, tanto más altaneras cuanto más crecía su fortuna y mayores eran los obstáculos con que habíamos de luchar. El soberano, descontento, abrumado, solicitado por opuestas exigencias, echaba á veces la culpa de todo á Bazaine, cuya situación parecía muy quebrantada, pero generalmente su despecho recaía sobre Maximiliano, cuyas inteligencia y energía había juzgado demasiado desfavorablemente. Los dos emperadores se habían creído mutuamente grandes hombres; la equivocación era doble y ambos lo reconocían así al mismo tiempo. La consecuencia de todos estos disgustos era una fatiga particular producida por todo lo que á México se refería y un ardiente deseo de no hablar más de ello: el gran pensamiento del reinado, como se había dicho en otro tiempo, ya no era más que un negocio importuno. En esto Napoleón mostrábase injusto con sus propios designios: la concepción no había perdido nada de su antigua grandeza; pero para que hubiese prosperado habría exigido otras circunstancias, otros medios, otra perseverancia en los propósitos y sobre todo otros instrumentos, comenzando por el mismo emperador de los franceses.

Desde los primeros días de 1866, los periodistas, en aquel entonces muy independientes, plantearon francamente la cuestión de la evacuación. El Sr. Saint-Marc Girardin, en varios notables artículos del *Journal des Debats* (3), demostraba el dilema en que se veía ence-

rrado el gobierno francés, el cual ó debía abandonar la empresa mexicana ó continuarla á toda costa, con muchos más recursos. El publicista, guardando toda clase de consideraciones á Maximiliano, indicaba en lenguaje muy enérgico hacia dónde le llevaban sus preferencias: «Cuando Napoleón I vendió la Luisiana, decía, se le censuró porque la había enajenado al precio irrisorio de 35 céntimos la hectárea; pero con ello evitó á su patria un siglo de lucha con los Estados Unidos. Que la política de Napoleón III no sea la opuesta á la de Napoleón I. Quien tiene tierras tiene guerras, dice el refrán; pero en el caso presente se juntarían todas las desgracias, porque tendríamos guerra y no tendríamos tierra.» Con menos ingenio y en forma menos atrayente formulaba igual deseo en la *Revue des Deux Mondes* el Sr. Fourcade, quien, preocupado principalmente por consideraciones financieras, demostraba la imposibilidad de seguir prestando nuestro concurso á la nueva monarquía y calificaba de paso con dureza, con demasiada dureza, la empresa mexicana: «¿Hasta cuándo, decía, perseveraremos en esa gigantesca calaverada?»

Había llegado la hora en que estas aspiraciones serían escuchadas. El Sr. Rouher relató más adelante á consecuencia de qué graves consejos se resolvió la evacuación: «Triste y solemnemente, dice, nos decidimos á fijar la época de nuestra retirada (4).» El gobierno francés trató de sentar de antemano su justificación por medio de dos largos despachos redactados con cuidado sumo y destinados á la publicidad del *Libro amarillo*: las previsiones del presupuesto no consentían nuevos sacrificios y, por otra parte, era imposible otro empréstito á favor del nuevo imperio; añádase que Maximiliano no había cumplido ninguno de los compromisos financieros del tratado de Miramar, lo cual autorizaba á Francia á tener por caducado el convenio y á considerarse desligada del mismo (5). Este lenguaje era más sensato que glorioso, pero ciertas empresas tienen la desgracia de que sólo permiten escoger entre lo malo y lo peor. Al abrir las Cámaras en 22 de enero de 1866, anunció el emperador su resolución: «Conforme á la esperanza que el año último expresaba, nuestra expedición toca á su término, y estoy en negociaciones con el emperador Maximiliano para fijar la época del regreso de nuestras tropas.» Bien mirada, esta declaración era la sentencia de muerte del imperio mexicano, y desde aquel momento preveía el propio Napoleón la ruina de su obra. En una carta confidencial al mariscal Bazaine, escrita en 31 de enero, es decir, pocos días después del mensaje de la Corona, invocaba para justificar su resolución «las circunstancias más poderosas que su voluntad,» y exhortaba al comandante en jefe «á que trabajara con todo su celo y con toda su actividad para organizar algo duradero.» «Para llevar á cabo esta misión difícil, añadía, tenéis un año ó diez y ocho meses.» El final de la carta probaba cuán frágiles eran las esperanzas de Napoleón, quien en términos muy claros preveía la irremediable desgracia de su protegido: «Si por casualidad el emperador Maximiliano no tuviera la ener-

(1) Memoria del emperador, 5 de octubre de 1865 (Véase Randón, *Mémoires*, tomo II, págs. 102 y 104).

(2) Carta de 20 de octubre de 1865 (*Papiers des Tuileries*, tomo I, pág. 96).

(3) *Journal des Debats*, 12 y 19 de enero de 1866.

(4) Véase *Discours de M. Rouher au Corps législatif*, 10 de julio de 1867.

(5) Véanse los despachos del Sr. Drouyn de Lhuys al Sr. Dano, de 14 y 15 de enero de 1866 (*Documents diplomatiques*, 1866, págs. 32-36).

gía necesaria para permanecer en México después de la marcha de nuestras tropas, sería menester convocar una junta, hacer organizar un gobierno y determinar, merced á vuestra influencia, la elección de un presidente de la república, cuyos poderes habrían de durar de seis á diez años, debiéndose obligar naturalmente ese gobierno á pagar la mayor parte de nuestros créditos contra México.» «Claro es, añadía Napoleón para suavizar la crudeza de aquellas palabras, que sólo en último extremo deberá recurrirse á esta combinación, pues mi más vivo deseo es que el emperador Maximiliano pueda sostenerse (1).»

En esta forma se dibujaba la nueva política napoleónica. Ya había salido de Saint-Nazaire un mensajero especial, el barón Saillard, portador de las instrucciones imperiales, á quien estaba reservada la misión de notificar á Maximiliano el próximo abandono.

VII

Tristemente había comenzado en México el año 1866. El día 3 de enero habíase sabido la muerte de Leopoldo de Bélgica, padre de la emperatriz Carlota, suceso que significaba no sólo un duelo privado, sino también una desgracia política, porque dadas las circunstancias en que se encontraba el imperio, el apoyo moral del anciano monarca podía llegar á ser un recurso supremo. A las manifestaciones de pésame que se le dirigieron contestó Maximiliano con palabras melancólicas: «Podrán abandonarme las fuerzas; el valor no me abandonará jamás.» En aquel mismo entonces, un nuevo incidente acaecido en la frontera resucitó todos los temores de conflicto con los Estados Unidos. El 5 de enero la pequeña ciudad de Bagdad, situada en la desembocadura y en la orilla derecha del río Bravo, fué invadida por una partida de negros y de filibusteros norteamericanos que cometieron en ella toda suerte de excesos. El gobierno de la Unión desautorizó el atentado y condenó á sus autores; pero ¿quién podría responder de que tales incursiones no se repetirían? La misma situación militar era más obscura: el mariscal tendía más bien á restringir que á ensanchar su radio de acción; Chihuahua, abandonada y recuperada luego, fué evacuada definitivamente por los franceses en 31 de enero de 1866, y dos meses después entraban de nuevo en ella los liberales. Toda la región del Norte del Durango se halló muy pronto desguarnecida de tropas, salvo un puesto que se mantuvo en el Parral; y en la costa, Matamoros y Tampico veíanse acosadas de cerca por las guerrillas, de día en día más audaces. A todo esto el gobierno de Maximiliano experimentó una pérdida sensible: había llegado á México pocos meses antes un consejero de Estado, el Sr. Langlais, cuyo talento para encontrar recursos y cuya capacidad financiera eran objeto de grandes elogios; pero también este apoyo faltó al emperador, pues el Sr. Langlais murió en 23 de febrero de 1866. En medio de tantas adversidades desvanecía una nueva esperanza. Apenas enterrado aquel personaje, tuvo noticia de una grave derrota de nuestras armas; en efecto, el día 1.º de marzo había sido ca-

(1) Carta de Napoleón III al mariscal Bazaine, de 31 de enero (M. Pablo Gaulot, *L'Empire de Maximilien*, págs. 326-327).

si totalmente destruido un destacamento francés en Santa Isabel, cerca de Parras. La seguridad de las comunicaciones no era completa ni siquiera en las provincias centrales, y de ello se tuvo la prueba en aquellos mismos días: una misión belga que había ido á notificar el advenimiento de Leopoldo II y que regresaba de la ciudad de México en dirección á la costa, fué asaltada el 4 de marzo en las inmediaciones del Río Frío por una cuadrilla de bandidos, resultando heridos cuatro belgas, uno de ellos mortalmente. El accidente era deplorable no tanto por lo que en sí era como por la resonancia que tendría. ¿Qué se diría en Europa de la pacificación de México y de la buena policía del imperio cuando se supiera aquel audaz ataque contra diplomáticos extranjeros, en la misma carretera real que comunicaba con el mar y á diez y siete leguas de la capital?

En medio de aquellas dificultades y de aquellas tristezas cada vez mayores, había llegado de París á mediados de febrero el barón Saillard. Maximiliano, aunque bien penetrado de los peligros que le rodeaban, no esperaba que Francia le abandonara, pues á la vista tenía la convención de Miramar, muy dura en sus exigencias financieras, pero muy tutelar para el nuevo imperio; y aparte de la letra del tratado, confiaba en todas las promesas de ayuda que en otro tiempo, antes de partir de Europa, había recibido de Napoleón. Dominado por estos recuerdos, no podía concebir un cambio de opinión tan repentino y tan radical; así es que creyó que se trataba de un aviso vago más bien que de un propósito decidido, y persuadido de que el gabinete de las Tullerías estaba mal informado, achacó la culpa á su representante en París, el Sr. Hidalgo. El mismo texto del mensaje de la corona, que recibió poco después, no le sacó de dudas. El Sr. Saillard carecía de categoría oficial y de esa autoridad que se impone, ó tal vez no se atrevió á arrostrar el mal humor del príncipe ó á reducirlo á la desesperación revelándole brutalmente toda la verdad. Por lo demás, la misión del mensajero imperial era en extremo difícil, puesto que había de establecer, de acuerdo con Maximiliano, un nuevo acuerdo financiero y fijar la fecha de la evacuación. Pero ¿era posible que el infortunado soberano se prestara á esa cruel inteligencia? Podía, sí, soportar la ley de su protector, pero no señalar por sí mismo la hora en que sería abandonado. Después de una corta estancia en la capital, regresó el Sr. Saillard á la costa, sin llevar á su país ningún acuerdo y sin haber hecho otra cosa que dejar en el ánimo del príncipe un aviso alarmante que sería preciso confirmar. Maximiliano, presa de ansiedad, pero lleno todavía de ilusiones y no pudiendo concebir que su poderoso aliado efectuara una retirada tan poco gloriosa, decidióse á mandar á Europa un nuevo enviado, y su elección recayó en el general Almonte, en otro tiempo muy estimado de Napoleón y que reemplazaría al Sr. Hidalgo.

Por persistente que fuera su optimismo, Maximiliano comprendía claramente que llegaría un momento en que no podría contar, para sostenerse, más que consigo mismo y con su patria de adopción, pues la misión del Sr. Saillard, aun interpretada en el sentido menos desfavorable, tenía el alcance de una primera advertencia; así es que, aguijoneado por la necesidad, consagró-

se el príncipe á utilizar sus recursos y sobre todo á crear lo más indispensable, una fuerza pública independiente de las tropas francesas. Los únicos elementos sólidos del ejército mexicano eran los regimientos de Mejía, algunos batallones de la antigua división Marquez, y un regimiento de caballería que estaba á las órdenes del general López y se denominaba regimiento de la Emperatriz. Los guardias rurales, especie de milicia local de creación reciente, habían de ofrecer poca consisten-

eran en parte absorbidas por diversas delegaciones, además de que en algunos puertos, como Matamoros y Tampico, amenazados por el lado de tierra por los liberales, el movimiento comercial había disminuído considerablemente; y en cuanto á la recaudación de las demás rentas públicas era tan difícil como incierta. El emperador suprimió empleos y disminuyó en dos tercios su lista civil; pero estas medidas parciales nada podían salvar. Los informes que de todas partes se recibían re-



Puerto de Veracruz y fuerte de San Juan de Ulúa

cia, á no ser que estuvieran mandados por jefes muy adictos al imperio. Para reforzar todos estos cuerpos, pensóse en organizar batallones llamados *cazadores de México* y compuestos de soldados indígenas, pero con jefes y oficiales en parte franceses; los voluntarios austriacos y belgas y la legión extranjera francesa, que continuaría al servicio de Maximiliano, completarían aquella organización. Más adelante veremos cómo se realizaron esos ensayos, qué resultados parciales dieron y cómo, en el momento de la evacuación, el cuidado de repatriar sanos y salvos á todos los europeos hizo olvidar las promesas hechas á nuestro aliado. Desde la primavera de 1866 un obstáculo terrible dificultaba todas las tentativas de reforma y comprometía el funcionamiento de todos los servicios militares ó civiles; aquel obstáculo era la extremada penuria del Tesoro. Del empréstito nada quedaba, y acudir de nuevo al crédito habría sido verdadera locura. Los ingresos de aduanas

velaban una miseria rayana en la indigencia: en el Norte del imperio, Mejía sólo vivía á fuerza de expedientes; otro general, Quiroga, para alimentar á sus tropas veíanse obligado á exigir el pago anticipado de las contribuciones; los oficiales cobraban con retraso; los soldados no tenían asegurado su presté; faltaba forraje para los caballos, y las tropas austro-belgas estaban agobiadas de deudas y consumían las últimas provisiones de las plazas de guerra. El único socorro era Francia, y ésta comenzaba á desentenderse de México. Bazaine, testigo de tantas miserias, había consentido que se hicieran varios anticipos, extralimitándose de las instrucciones que tenía; pero hasta este beneficio tenía algo de humillante para el desgraciado príncipe, obligado á estar agradecido á aquel mariscal que, bajo otros conceptos, se le presentaba como sospechoso, casi como enemigo. El día 1.º de mayo de 1866, en vista de que las necesidades eran más apremiantes que nunca, celebróse un